

IMPRESIONES

Marina Junio 20/92
El entierro fué grandioso.

Jamás una multitud tan enorme acompañó en nuestra tierra a un cadáver.

Y es que, por lo regular, en los sepelios el muerto es el conducido; y en el de ayer era el muerto el que conducía.

¡Qué emoción tan grande y tan profunda al paso del armón! Envuelto en la bandera nacional, precedido por la Santa Cruz y escoltado por el pueblo, por todo el pueblo, que quiso seguirle en la muerte como antes lo siguiera en la vida, ¿quién no veía en este cortejo una imagen exacta de todas las epopeyas? La fe, primero; después, el caudillo; las masas, detrás...

Contemplando el imponente espectáculo pensábamos que el general Gómez acababa de ganar su mejor batalla, como el Cid, después de muerto.

Y viendo cómo a su paso llovían desde los balcones y las azoteas flores a granel, y cómo de flores le alfombraron una de las calles por donde había de pasar, pensábamos en el destino extraordinario de ciertos hombres, como el general Gómez, llamados a monopolizarlo todo: tocóle el infortunio, y no hubo espinas bastantes para clavarse en él; tocóle la muerte, y para él también la tierra se cansó, como cantara el poeta, de dar flores...

¡Pobre General! Qué ajeno estaría de que sus funerales iban a ser sangrientos, como los de Alejandro.

Allí, a la puerta del Cementerio, se desarrollaba una espantosa tragedia. El pueblo era ametrallado porque alguien le lanzó a la policía una botella; claro está que después de un continuado **com-ponte**. Y ocurrieron desgracias. En la muerte, como en la vida, siempre fué arriesgado seguir al general Gómez.

* * *

Mientras pasaban de este mundo al otro las víctimas del miedo de la fuerza pública, tres descargas cerradas anunciaron que los restos del héroe reposaban en su mansión definitiva.

Descendió, pues, a la madre tierra, entre el ruido de los cañones, la ovación de la multitud y el atropello de su pueblo. Síntesis extraordinaria, imagen exacta de lo que fué su vida.

Marina Junio 20/92

